



Núm. 25. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Julio 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Madrid.	Un mes. 12 rs.	Provincias.	Tres meses. 36 rs.
	Tres meses. 32		Seis meses. 74
	Seis meses. 62		Un año. 144
	Un año. 120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admón. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Madrid.	Un mes. 8 rs.	Provincias.	Tres meses. 24 rs.
	Tres meses. 20		Seis meses. 46
	Seis meses. 38		Un año. 84
	Un año. 72		

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pellegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Cármen, 30; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sánchez Rubio, Carretas, 31; Guirarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P.º del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2. — PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Comercio de LA MODA, calle del Cármen, 24, 4.º; en València, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

Don Juan Eugenio Hartzenbuch, por la Condesa de Araceli. — *La abnegacion y el egoismo*, por Adela Sánchez Antos. — *Una noche en el campo*, por Teodoro Lullenger. — *Cantares á las flores*, poesía, por Matilde Cheimer. — *Cuentos*, poesía, por . . . Alcalde y alladars. — *En el mes de Mayo*, poesía, por leuterio Llofrin y Sagrera. — *Los celos*, por Sofia Iartilan. — *Lo que somos!* por Arturo Otarelo. — *Viajes*, por el Dr. Lopez de la Vega. — *Historia de un perro*, por Ángela Grassi. — *Explicación del figurin*. — *Variedades*. — *Correspondencia*. — *Charadas*.
GRABADOS. — Don Juan Eugenio Hartzenbuch. — La fuente de la India. — Tipos murcianos. — Vista del Real palacio de Aranjuez.

LA ABNEGACION Y EL EGOISMO.

Grande, sublime sentimiento que lleva al alma celestial ventura, virtud augusta, que resplandece sobre las humanas pasiones como brilla siempre el diamante, aunque lo entremezclen con el lodo, santa generosidad que haria del mundo un paraíso si mucho abundara, esa es la abnegacion; piedra de inestimable valor colocada por

man con su voz todos los corazones que saben sentir, te mandan su cooperacion con arreglo á sus facultades todas las cabezas que saben pensar.

Miradlos, la lucha está empeñada, ambos combatientes son valientes; ella es fina, bella, hechicera; en su rostro celestial se ve la divina expresion de la santa mision que desempeña; se bajan con ruborosa modestia sus ojos que reproducen el azul del cielo en un día de Mayo; ellos expresan la inmensa dulzura del ángel del bien, pero tambien la enérgica resolucion de vencer por medio de la conviccion y la bondad, es la abnegacion; él, horrible, de rostro feroz, de repulsivo aspecto, lleva impresa en su frente sombría y contrada la palabra "egoismo"; en sus torvos ojos se lee el deseo de arrojarle sobre su noble adversaria y despedazarla con sus hercúleas fuerzas; pero Dios la defiende; su dignidad le impone y no se atreve; es que la virtud lleva en sí grandioso prestigio, ella se sonríe, su poder moral es inmenso y nada teme.

—Deja el campo, pobre hombre, le dice con dulzura, porque el mundo aunque muy depravado tiene un faro que ilumina su camino, la religion; ella le ordena me siga á mí, y más tarde ó más temprano el triunfo será mio; un rugido se escapa del pecho de él.

—Jamás, dice; mi poder es grande, me protege el ángel malo, luchemos.

—Luchemos, murmura la abnegacion con, inmensa tristeza, y el combate vuelve á comenzar más fuerte, más enérgico.

Un débil niño cae al mar al cojer mariscos, y un hombre que por la playa discurre, siente el impulso generoso de arrojarle detrás, el egoismo acude en seguida.

—Primero tú, despues tú, y siempre tú, le dice, pero la abnegacion llega tambien presurosa. — Su vida está en tus manos, sálvalo, murmura el ángel; ¿qué hombre por depravado que sea, escucha en caso semejante la voz del egoismo? El irresoluto hace abnegacion de su vida y arrojándose al mar, salva la vida de su semejante. Gozo de inmensa dulzura, llena el alma de la santa virtud, mientras que un grito de ira se escapa del pecho del bárbaro egoismo, y la lucha de nuevo vuelve á em-

pezar; no siempre vence por desgracia la abnegacion, ¡oh! si siempre venciera, ¿para qué más dicha? Preguntad á ese hombre generoso, que acaba de exponer su vida, á qué puede comparar el placer supremo que experimenta, cuando con el corazon palpitante de emocion y su alma entera trasladada á aquel cuerpo exánime, como si con la suya llena de vida quisiera reemplazar á la que á él parece haber abandonado, y ve estremeciéndose de contento las primeras señales de que aquel sér vuelve á la vida que á él le debe; preguntadle entonces, cuándo ha sentido con

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

Con verdadero entusiasmo, con verdadero júbilo, tributamos hoy un justo homenaje al Príncipe de nuestros poetas, al noble anciano, que bien puede llamarse padre de todos los que se dedican á las letras por la benévola proteccion que dispensa á cuantos tratan de imprimir su planta en la estrecha senda de la gloria. Tan erudito como modesto y afable, si admira por su talento como escritor, cautiva el alma como hombre.

No haremos una reseña de sus obras: ¿quién no las ha visto y no las ha aplaudido? Como dramático *Los amantes de Teruel*, *Juan de las Viñas*, *La Ley de raza*, *Un sí y un no*, *La Archiduquesita*, *El mal apóstol* y *el buen ladrón* y *La Redoma Encantada*, le colocan á mucha altura. Como lírico, sus fábulas, llenas de profunda moralidad, son un tesoro inapreciable para la infancia. Como erudito, son tantos los servicios que ha prestado á las letras, coleccionando, anotando y corrigiendo las joyas mejores del teatro antiguo, como las de Tirso de Molina, Lope de Vega y Rojas, que sería imposible enumerarlos. Para conocer al hombre, honrado por excelencia y de carácter dulce y apacible, basta reseñar su vida que se encierra en dos solas palabras: amar y trabajar. Dedicado primero al arte de la ebanistería, fué despues taquígrafo del Congreso.

Quince años pasaron entre una y otra situacion, quince años en los cuales el estudio de la literatura española en toda su extension, de la alemana, italiana, francesa é inglesa, llenó todo el tiempo que sus trabajos de ebanista ó sus tareas taquígráficas le dejaron libre. Sus triunfos literarios y dramáticos, le impulsaron á abandonar en 1841 la profesion de taquígrafo, para dedicarse exclusivamente á las letras, y en 1844 vió por fin recompensados su laboriosidad y su talento, entrando en la Biblioteca, de la cual hoy es dignísimo director.

¡Ojalá que aun desempeñe por largos años su honroso cargo, para bien de las letras españolas! ¡Ojalá que Dios le conceda aun largos años de vida para bien de los noveles escritores, que le aman y bendicen como á un padre.

LA CONDESA DE ARACELI.



DON JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

Dios, entre las falsas de que está poblado este mundo de miserias! ¡virtud sublime que el Creador concede á las almas privilegiadas! con tu poder inmenso abates á tus piés á las malas pasiones que el corazon bastardean y la virtud escarnecen, que audaces quieren reinar ellas solas; tú con indomable energia sostienes abierta lucha con el fatal egoismo, que tanto daño hace á la humanidad, lucha de titanes que tiene por testigo á Dios, por campo el mundo; mas no temas, continúa enérgico el combate, tuyo será el triunfo porque te protege el Altísimo, y te ani-

tanta intensidad esa emoción dulcísima, esa ventura interior, tan difícil de definir, que se llama gozo, placer ó alegría, una sola será su respuesta.—Lo que en estos supremos instantes se experimenta se puede sentir, no expresar, no tiene comparación posible.

Ved á la pobre desdichada que despues de improbos trabajos, ha conseguido reunir una miserable cantidad que á ella le parece un tesoro; nada más posee; escucha sin embargo las desgarradoras súplicas de un infeliz que más desgraciado, que ella implora la caridad; impulsada entonces por la santa abnegación da lo que constituye su capital para salvar á unos pobres niños de la miseria, á un padre infortunado de la vergüenza, tal vez del crimen, y aquella pobre mujer que queda sin recursos, es dichosa porque siente que inunda su alma un gozo grande, una esperanza suprema, sentimientos que Dios le envía como justo premio de su buena acción; no le preguntéis, cuando con los ojos elevados al cielo da gracias al que todo lo puede, por qué le ha concedido aquella suma conque poder experimentar el santo placer de hacer bien; no le preguntéis cómo tiene valor para desprenderse de lo único que posee, una mirada de elocuente acusación sería su contestación; decidle en cambio si es feliz en el momento en que rodeada de la familia que ha salvado, escucha las tiernas palabras de los niños que con sus vocecitas de ángel le dan las gracias por su sacrificio.

—La abnegación, os dirá, lleva siempre en sí la recompensa, haced bien y comprendéis lo que yo gozo en este instante. ¡Oh! sí, la abnegación es la virtud de las virtudes, el alimento de las almas grandes; escuchad todos su noble acento; seguid sus generosos impulsos; vosotros los que ávidos de emociones las buscáis con afán continuamente, mirad los males ajenos como los vuestros propios; haced abnegación de lo que más caro os sea en las grandes situaciones en favor de los demás, y experimentaréis el placer de los placeres: y los que buscáis la tranquilidad y el reposo, pensad, un poco, medita sobre la abnegación, practicadla y conoceréis la más grande de las dulzuras, la que da la tranquilidad del espíritu orgulloso de nuestras acciones.

Rindamos todos culto á la sublime virtud que engendra en nuestra alma cuanto hay de más grande, de más noble, á la Divinidad que enciende en la mente del poeta la santa inspiración y eleva la de todos con su inmensa grandeza á las soñadas regiones de lo infinito.

ADELA SANCHEZ CANTO.

UNA NOCHE EN EL CAMPO.

(Conclusion).

III.

Como la mayor parte de las quintas muy alejadas de los grandes centros, la de mi padre respiraba mucha antigüedad, y aunque construida de modo que pudiese resistir los embates del tiempo, no por esto se había librado del peso de su mano destructora, que poco á poco todo lo convierte en liviano polvo.

Así pues, todos los aposentos conservaban el sello de la robustez por sus góticas ventanas, sus elevados techos y bronceados muros; además de las pinturas mas ó menos grotescas y alegóricas de que estaban adornadas puertas, postigos, y también algunos carcomidos muebles que decoraban las vastas salas.

Al pasar por un interminable corredor, me detuve ante un altar, en el cual ardía constantemente una lámpara, que pendía del abovedado techo con delgadas cadenas de hierro.

Los días de fiesta se celebraba en él el Santo Sacrificio de la Misa, y nos hincábamos de hinojos con recogimiento en las losas del suelo.

En aquel momento, el silencio que respiraba en derredor era pavoroso; y la débil luz que iluminaba tristemente las imágenes de madera, metidas en sus nichos, y el olor particular que se desprendía de los ornamentos sagrados, como sucede en todas las capillas é iglesias abiertas al culto divino, me produjo una impresión tan fuerte, que volvió á mi mente el recuerdo de pasadas angustias, sufridas en tan corto tiempo.

Desvié la vista del altar con sobrecogimiento supersticioso, y me alejé lentamente de aquel sitio, sin volver atrás la cabeza, penetrando en mi habitación completamente ensimismado.

Me he olvidado de consignar, que la casa de mi padre había pertenecido al clero; así no es extraño que cada departamento conservase el aspecto monacal y sombrío á pesar de las muchas reparaciones que en ella se habían hecho.

La habitación que se me había destinado, merece una pequeña descripción.

Era una sala cuadrilonga, inmensa y destartada, cuyas negruzcas paredes ostentaban descoloridos cuadros de antigüedad muy remota.

De trecho en trecho, y sobre pequeños pedestales, descansaban varias imágenes groseramente esculpidas, cubiertas de una espesa capa de polvo y finas telarañas.

Algunas sillas medio carcomidas, una grosera mesa y una descomunal cama, eran los muebles que adornaban aquella vasta pieza.

Sin duda por una excitación de mis nervios, aquella noche empecé á sentir un malestar cada vez más creciente; y la luz, demasiado débil para desterrar del todo las tinieblas de la estancia, oscilaba frecuentemente á impulsos del fuerte viento que empezaba á levantarse, penetrando impetuosamente por entre las grietas y junturas de puertas y ventanas, simulando quejidos lastimeros ó gritos lúgubres y amenazadores.

No podía estar tranquilo, porque sin cesar oía mil extraños rumores.

Crujían los apolillados muebles, y era imponente el fragor que producían las hojas de los árboles del cercano bosque, azotado por el viento.

Acostéme precipitadamente: di un soplo á la luz, y cerré los ojos; más... ¿quién logra dormirse en el campo en una noche tempestuosa?

Después de dar mil vueltas, sin que Morfeo me proporcionara el descanso apetecido, me resigné á estar despierto, y paulatinamente acudieron á mi mente ideas originales, extraños delirios, cual si surgieran del cerebro de un loco.

Tan pronto me figuraba hallarme bailando con una hermosa joven, siguiendo un compás diabólico, como me sentía acometido por una banda de ladrones, sin poder huir ni defenderme, teniendo que sufrir su ensañamiento, hasta que me impelían con ira y caía al suelo aniquilado de fatiga.

El pensamiento humano es más rápido que la electricidad, y resume en un momento todas las épocas de nuestra vida.

Mi imaginación me trasportó á los alegres días de mi infancia; me hizo sentir las primeras sensaciones que agitan el alma, cuando el hombre empieza la edad de la adolescencia.

El amor se me apareció con sus alas de mariposa, coronado de flores, brindándome goces sin cuento, dichas infinitas.

Ví á la fortuna prodigarme sus tesoros, á la gloria tenderme sus brazos, deslumbrándome con sus refulgentes rayos, y mecido por dulces ilusiones cerré los ojos casi desvanecido.

Cuando los volví á abrir, habían desaparecido los vanos fantasmas de la mundana dicha, y mi imaginación desgarró el velo ilusorio que la envolvía, y la inexorable realidad se presentó ante mi vista.

El recuerdo de mi querido amigo, otra vez se posesionó de mi mente, y los menores detalles de su muerte los fui recordando con implacable insistencia.

Sumergido en aquel sombrío recuerdo, creí contemplarle de nuevo, inanimado y rígido sobre su lecho mortuario; las manos puestas en cruz y un Crucifijo sobre su pecho: hasta creí percibir el chisporroteo de los amarillentos cirios, y el tenue ruido de las gotas de cera al caer abrasadas sobre el pavimento.

La ilusión estremece muchas veces mas que la misma realidad, y solo Dios sabe lo que yo sufrí en aquellos momentos.

De pronto un vivo y azulado relámpago iluminó mi estancia hasta en sus mas oscuros ámbitos. Siguió al relámpago un pavoroso trueno, que retumbando lo repitieron cien veces los ecos por los corredores de la vetusta casa.

Entonces perdí el escaso valor que me restaba, me creí sujeto á una larga y cruel pesadilla, y al resplandor de los relámpagos que se sucedían sin interrupción, me pareció ver que las estatuas descendían de sus pedestales y se me acercaban arrastrando luengos ropajes, lanzando agudos gritos, murmurando palabras ininteligibles y tendiéndome las manos, en actitud de bendición ó de anatema.

De cuando en cuando una campana, impulsada por las ráfagas del viento, dejaba oír su plañidero sonido, que apagaba el ruido aterrador del trueno.

Por fin, la tempestad cesó. La lluvia dejó de azotar las tejas de la vivienda, y fui tranquilizándome por momentos.

Me levanté y encendí luz; abrí una ventana y pude contemplar las negras nubes desgarrándose, y con rapidez desvanecerse, para dar paso á la luz melancólica de la luna, que iluminó los campos, los árboles y las plantas mojadas por el agua reciente, dándoles un plateado brillo.

Después de admirar tan bello espectáculo, me acosté nuevamente, y al poco rato, sin acordarme de apagar la luz, quedé completamente dormido.

A la mañana siguiente, al despertar, quedé sorprendido por hallarme sin la almohada y sin el candelero que había ostentado la luz que me alumbró durante mis horas de insomnio.

Me vestí y fui siguiendo todos los rincones del cuarto; pero ningún vestigio encontraba de mis desaparecidos objetos.

Entonces encaminé los pasos hacia el altar, que tan poderosamente me había atraído la noche pasada, y ví con asombro que á sus pies estaba la almohada y la luz encendida. En la primera se notaba la presión de las rodillas, y la segunda concluía de extinguirse lanzando los últimos destellos.

Entonces recordé que había soñado, entre otras cosas, que yo era un paladín de la Edad-media, y había llevado al altar á una hermosa castellana, de trenzas de oro y ojos de color de cielo, á la que amaba como se amaba en aquellos tiempos de *mi Dios, mi Rey y mi dama*.

No pude menos de reirme de mis locos desvelos y de mis insomnios de ventura, y hasta creo que me burlé de la imagen poética de mi bella desposada. El Rey del día tendrá siempre el poder de infundir valor á las almas ofuscadas.

Estuve en casa de mi padre algunos días más, y como los estudios me obligaban á regresar á la ciudad, partí con el sentimiento de no poder permanecer más tiempo al lado de mi familia.

IV.

Ahora que estoy casado, tengo hijos, y mis cabellos empiezan á blanquear, me digo muchas veces: ¡Cuán grande debe ser el tormento que padecen los que tienen remordimientos en la conciencia, si yo, que estoy convencido de no haber hecho daño á nadie, he tenido momentos de terror y de insomnio como los que sufrí aquella noche que pasé en el campo!

TEODORO BOULENGER.

CANTARES A LAS FLORES.

LA VIOLETA.

Bella es la flor que anuncia
La primavera,
Y su aroma el perfume
De la inocencia;
Y sus colores,
Los que cercan los ojos
Ciegos de amores.

LA MARGARITA.

Estrella de los campos,
Perla del monte,
La más bella y temprana
En're las flores.
La que engalana
El valle y la pradera
Tarde y mañana.

EL LIRIO.

Salomón en su gloria
Fué menos grande
Que los morados lirios
De nuestros valles.
Por Dios vestidos,
No hay una flor que amengüe
Su hermoso brillo.
Su perfume en el alma
Tristura deja,
Cual de pájaro amante
Doliente queja;
Sus gayas flores
Los misterios nos velan
De sus amores.

LAS ROSAS.

Las flores más hermosas
De todo el año,
Sus pétalos descogen
Al Sol de Mayo.
Y sus capullos
Del rosal espinoso
Son el orgullo.
Fugaces cual hermosas,

Son el emblema,
De nuestras alegrías,
De nuestras penas.
Dios es muy grande,
Que mostrar en tan poco
Su poder sabe.

LA AZUCENA.

Emblema de pureza,
Nieve aromosa,
La de pétalos de oro,
Nítidas hojas;
Erguido cuello,
Que tu cáliz levantas
Siempre á los cielos.

LA SIEMPREVIVA.

El color de la muerte,
Tus hojas viste;
Cual el dolor eterno,
Flor de los tristes.
Flor destinada
A adornar nuestra oscura
Postrer morada.

MATILDE CHERNER.

CUENTOS (1).

I.

Con sin igual devoción
y echándola de cristiano,
una mañana un gitano
estaba oyendo un sermón.

Más al ver que el orador
las manos hacía él tendiendo,
iba al hombre atribuyendo
la muerte del Redentor,

Sin esperar más razones,
ni pronunciar un vocablo,
cual alma que lleva el diablo
se encomendó á los talones.

Uno que salir le vió
tan escamado y corrido,
le dijo: ¿Qué ha sucedido
en esa Iglesia, gachó?
Parose el gitano allí
y contestó de esta suerte:
—Chavó, que han gecho una muerte
y me la achacan á mí.

II.

Diez gitanos una vez
iban de feria á Mairena,
y en medio á Sierra-Morena
robó un ladrón á los diez.

Hubo causa y protocolo
y el juez preguntó asombrado:
—¿Y cómo os habeis dejado
robar diez por uno solo?

El más viejo dijo al juez
entre confuso y contrito:
—Es que también, señorito,
íbamos solos los diez.

A. ALCALDE VALLADARES.

EN EL MES DE MAYO.

A MI HIJA AURORA.

Mayo, risueño Mayo,
mes de las flores,
espejo que refleja
las ilusiones,
plácida brisa,
en tí siento á la Virgen
cuando suspira.

La pureza del cielo,
la luz incierta
con que brillan los rayos
de tus estrellas,

tu clara luna,
pregonan á María
cándida y pura.

Son tus días serenos
la paz del alma,
la virtud cuya frente
flores esmaltan,
el limpio arroyo
do se miran los ángeles
desde su trono.

Aurora de mi vida,
niña adorada,
encanto delicioso
que Dios me manda,
que tu alma siempre
la alborada de Mayo
feliz refleje.

Que de Mayo tranquilo
las gayas flores,
las brisas perfumadas,
los puros dones,
tu alma acaricien
y un suspiro en las auras
te dé la Virgen.

ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA.

LOS CELOS.

CUENTO FANTÁSTICO.

A orillas del Lago Feliz, cuya rizada superficie asemeja á la ondulosa cabellera de las Náyades que servían á Vénus cuando aun habitaba en las húmedas linfas, vivía Alea, la mas bella, la más gentil de cuantas Hadas han habitado jamás bosque sombrío. Su leve planta no marcaba huella alguna aun cuando pasase á la carrera sobre el fino césped, para perseguir los brillantes insectos de doradas alas, que pueblan las orillas de los lagos en el alegre mes de las flores. La sonrisa de la felicidad habia tomado posesion de sus rosados lábios, jurando no abandonar jamás; y sus dulces ojos, que ostentaban el plácido color del cielo en un día sereno, decían que Alea era dichosa.

¡Cómo no habia de serlo! Las Ninfas del dilatado lago, las Nereydias que habitaban el bosque, y los céfiros que acariciaban con leve soplo las extensas llanuras en que se cultivaba la planta, cuyos hilos sutiles sirven para tejer las aéreas ténicas de las Hadas, todos á una voz la proclamaban reina de la hermosura.

El dorado sol de Oriente envidiaba los ricos reflejos de su rubia y abundosa cabellera, y su talle gentil escapaba por su flexibilidad á los lascivos abrazos del sátiro más astuto y corredor.

Ámanos, Alea, decían los Génios de blancas alas, que pueblan los ensueños de las vírgenes vanas; ámanos, y nosotros te daremos jardines en donde las flores son perpétuas y las brisas perfumadas: en donde el sol no lanzará sobre tí más que rayos tibios que no quemaran tu alabastrina espalda y tu seno de nieve, y en donde tu juventud será eterna como tu belleza. Eres hermosa, pero no tienes amantes. Las Hadas, tus compañeras, te quieren; pero no te envidian, y tú no sabes el placer que causa ser envidiada.

Alea corria, corria, para no escuchar las voces de los Génios, y riendo se escondía entre la verde planta de la cual nacen los delgados hilos de que se visten las Ninfas: esta era su morada favorita.

Ámanos, decían los huracanes tempestuosos que traen las pardas nubes, de cuyo seno se escapa el rayo y la tempestad: ámanos, Alea, y nosotros te llevaremos sobre nuestra poderosa espalda á los ricos países en donde los lagos están poblados de mariposas con alas de oro y cuerpos de topacio: en donde las aguas de los claros arroyuelos son suaves como la leche, y en donde los árboles del bosque dan frutos más dulces y sabrosos que la miel. Eres hermosa, pero no has tenido amante. Las Hadas, tus compañeras, no te han envidiado aun, y tú no sabes el placer que causa producir la envidia en los demás.

Alea, corria, corria, y riendo de las voces de los huracanes, escondía su rubia cabellera entre la sedosa planta de que se fabrican los sutiles hilos para tejer la blanca vestidura de las Nereydias del bosque y las Hadas del lago.

Ámanos, Alea, ámanos, la decían también los vientos que, cruzando el espacio, van á orear la frente de los hijos de las grandes ciudades; ámanos, Alea, ámanos, y nosotros que visitamos los reinos de los poderosos, te daremos palacios de oro y esmeralda, lechos de púrpura y uarfil, y tantas perlas y corales como encierra el mar en

su seno. Tú eres hermosa, pero aun no has tenido amante alguno. Las Ninfas, las Nereydias y las Hadas, tus compañeras, no te han envidiado jamás, y tú no sabes lo que vale ser envidiada. Ámanos, y haremos que conozcas la verdadera felicidad.

Alea corria, corria, y riendo de las promesas de los vientos, se refugió en su morada favorita, hallando mullido lecho en la verde planta, de cuyos plateados hilos tejen su túnica las Sífides y las Diosas.

Un blando y regalado sueño vino pronto á cerrar los rosados párpados de la hermosa Alea. En su oído continuaban resonando las voces que la habian perseguido despierta mientras vagaba por el bosque y por las orillas del lago; y génios, vientos y huracanes, todos á la vez la repetían: ámanos, Alea, ámanos, que solo queremos hacerte dichosa y envidiada.

Poco á poco las voces fueron alejándose, y ya solo un leve murmurio llegaba hasta ella, cuando sintió en sus labios el dulce beso del Céfiro mas blando y perfumado de cuantos recorren los dilatados valles que rodean al Lago-Feliz.

Ámame, hermosa Alea, murmuró el enamorado Cefirillo al oído de la bella dormida, ámame, y entonces sí que serás dichosa. Yo no te prometo como los huracanes llevarte á países lejanos en donde los insectos tengan alas de oro y cuerpos de topacio; ni en donde los arroyos te brinden leche y miel. Todo eso, amada mia, lo tienes á tu lado. ¿Para qué buscar lejos de nosotros una dicha que podemos tocar tan solo con tender la mano para cogerla? Ámame, hermosa Alea: yo no te prometo como los vientos de la vanidad, que, cruzando el espacio, van á orear la frente de los poderosos; yo no prometo llevarte á vivir en palacios de oro y esmeralda, ni hacer que duermas en lechos de púrpura y marfil, ni hermosas perlas y rojos corales para aumentar tu belleza. ¿Dónde hallaría yo para tí oro más brillante que el de tus cabellos, ni qué podría ofrecerte, hermosa mia, que fuera más bello que tu inocencia?

Ámame, Alea, ámame, y verás cuánta es nuestra dicha. Yo no te prometo, como los génios, jardines en donde las flores sean perpétuas, las brisas siempre perfumadas, y en donde los ardientes rayos del sol no coloren tu espalda de nieve; pero las añosas encinas del bosque te protegerán con su sombra y yo batiré mis alas sobre tu frente para refrescarla. Tu juventud no será eterna, pero será eterno mi amor. Las Hadas y las Nereydias, tus compañeras, no tendrán envidia de tí, porque no sabrán que tienes un amante. Pero ¿sabes tú, amada mia, la desgracia que encierra el ser envidiada por los demás? Ámame, Alea, ámame; tu juventud no será eterna, pero será eterno mi amor.

Alea despertó, halagada por las dulces caricias del enamorado Cefirillo, que batía en torno de ella sus alas de seda. Dulces abrazos y regalados besos prodigaba á su bien amada; y los mas delicados perfumes eran traídos por él desde las elevadas cumbres de la montaña en donde nace el silvestre rosal, y del fondo de los valles en donde eleva su tallo cimbreante el blanco lirio y la morada anémona.

Pasaron muchos días: las estaciones se sucedieron unas á otras, y Alea era dichosa. El misterio que envolvía sus amores la habia protegido contra la envidia. Hadas y Nereydias seguían amándola como á una hermana querida, y su hermosura era el orgullo de todas sus compañeras.

Un día vinieron los huracanes, y con su furia hicieron estremecer á las viejas encinas que por su poderosa fuerza habian hasta entonces desafiado al rayo y á la tempestad. La rizada superficie del trasparente lago se vió agitada por turbulentas olas de blanca espuma, y los tallos de las flores se troncharon, dejando caer sobre el césped su marchita corola. La sedosa planta de plateados y verdes hilos, entre los cuales escondía Alea su rubia cabeza, se inclinaban, no pudiendo resistir al terrible embate del enojado aquilon. Cuando el huracan hubo cesado, la fértil llanura, el sombrío bosque y las risueñas riberas del dilatado lago, conservaban la siniestra huella de su paso; y muchos días fueron necesarios para recobrar la calma.

¡Oh! qué malos son los huracanes, decía la pobre Alea, presentando su frente y su boca á las blandas caricias de su Céfiro, bien amado; me parece que en sus negras alas deben conducir la desgracia.

Serenóse el cielo: el sol mandó sobre la dilatada llanura sus rayos de oro; y las Hadas y los Génios del bosque celebraron una fiesta á la vuelta de la primavera, en la cual la hermosa Alea fué coronada como reina de la belleza. Aquella noche, como todas, al recostarse en el blando lecho, el enamorado Céfiro murmuró á su oído: amada mia, tu juventud y tu hermosura no serán eternas; pero será eterno mi amor.

Una mañana Alea fué despertada por sus compañeras, que la llamaban para que admirase una maravilla. A ori-

(1) Pertenecen á una coleccion de Cuentos gitanos que conserva el autor, inéditos en su mayor parte.

llas del Lago-Feliz habia nacido una flor extraña que todos desconocian. Era una caléndula de amarilla corola, y en cuyas verdes hojas brillaban aun las perlas que la noche la habia regalado á su venida.

—Es muy bella, pero su color ¡es el de la tristeza, dijo Alea; yo no envidio su hermosura.

La caléndula habia sido trasportada sobre las pardas alas del huracan desde las márgenes de los lagos amargos: triste presente por cierto.

Pasaron otros dias y con el mes de las flores vinieron los vientos tibios de Mayo. Alea estaba en los brazos de su bien amado, y él la decia:

—¡Ves, amada mia, cómo eres dichosa? Teamoyn un ca amaré á otra que á tí. Para tu frente serán siempre mis más blandas caricias, y para tu boca mis besos más regalados.

El viento traidor llevó este dulcísimo coloquio á los oídos de las compañeras de Alea, y las Hadas y las Ninfas sintieron envidia. ¡Pobre Alea!

Cuando al dia siguiente salia de su fresca morada, todas sus compañeras la rodearon para buscarla defectos; pero era tan hermosa, que su despecho fué mayor y su envidia mas grande, porque no los encontraban. ¡Cómo vengarse entonces de la dichosa Alea, que tenia un amante?

Pusiéronse á celebrar la belleza de la nueva flor que habia nacido en el valle; y el viento de la vanidad, tan complaciente con los envidiosos, llevó estas alabanzas hasta los oídos del enamorado Céfiro.

—Quiero ver esa belleza, se dijo; no lo será tanto como mi Alea, pero quiero verla.

Corrió, corrió, pero los vientos, arrancando la frágil corola de la triste caléndula, la arrebatában por la extensa llanura. El inconstante Céfiro empeñado en alcanzarla y besar sus hojas corria tras ella, tanto, tanto, que atravesó el llano, el monte, el valle y se olvidó de volver al lado de la pobre Alea.

¡Desgraciada Alea! ¡Qué harás ahora abandonada por tu amante? Llámale. ¡No te decia que su amor era eterno?

¡Ah! El pérfido Céfiro no volvió. Las orillas del Lago-Feliz, los Génius, los vientos y los huracanes se vengaron de los desdenes de la hermosa Alea, y la envidia de sus compañeras la trajo la desgracia. ¡Pobre Alea! Tanto lloró

buscando al ingrato, que la vastallanura en la que nació la delicada planta, de cuyos sutiles hilos se tejen las blancas túnicas, se cubrió de menudas flores azules.

Eran las lágrimas de la desgraciada Alea. Vénus, para consolarla, hizo florecer el lino con el color de sus ojos, y desde entonces el azul es el emblema de los celos.

SOFÍA TARTILAN.

LA FUENTE DE LA INDIA EN LA HABANA.

El magnífico grabado que damos en nuestro número, completa los que venimos dando referentes á la perla de

te de la India, adorna uno de los principales paseos, siendo notable, tanto por el mérito de la escultura que la corona y de la cual toma su nombre, como por la sencillez y acertada disposicion del conjunto.

VISTA DEL PALACIO

EN EL REAL SITIO DE ARANJUEZ.

Las brisas sofocantes que se respiran en la muy heroica villa del oso y del madroño, hacen que llegando esta época del año, sus habitantes fijen sus angustiosas miradas en las verdes alamedas, bajo cuya sombra puedan desafiar los rayos caniculares del sol que nos abrasa. Ningun lugar como Aranjuez, verdadero paraíso terrenal, puede brindarnos frescura y esparcimiento. ¡Dichosos aquellos á quienes sea dado recorrer sus dilatadísimos jardines y sus frondosas alamedas, entre las que descuella el bello Palacio Real, mecido por las ondas del Tajo y las brisas perfumadas!

¡LO QUE SOMOS!

I.

Después de meditar un largo rato sobre la fuerza prepotente de las debilidades humanas, salí á la calle con el único y exclusivo objeto de pasar algunas horas sin hacer nada.

Ciertas meditaciones serias, provocan holganza ó risa en los hombres que se tienen por muy formales.

II.

Nuevo Diógenes, aun cuando no acepte en ab-

soluto la miseria del cínico filósofo, buscaba aquel dia un hombre; pero un hombre que fuese capaz de abrirme su corazón, de contarme todos sus disgustos, de ponerme al tanto de sus acciones buenas y malas; en una palabra, un ciudadano con la suficiente fuerza de voluntad para hacer él mismo su fotografía moral.

El problema era difícil, pero no insoluble; en estos tiempos de rápido progreso, suele velarse la estatua del pudor con mantos desprovistos de vergüenza.

Sin embargo, todavía priva en alto grado la más refinada hipocresía, y es bastante trabajoso el desprenderse de ella cuando de una manera tan cómoda ayuda al sostenimiento de toda clase de reputaciones.

Fluctuando en un piélago de dudas, iba ya á desistir



LA FUENTE DE LA INDIA EN LA HABANA.

nuestras Antillas, en donde está hoy fija por más de un concepto la atención de España.

Si son magníficos los edificios que embellecen á la metrópoli de Cuba, lo que desde luego impresiona de la manera más agradable al viajero son sus paseos que ofrecen á sus ojos reunidos los encantos del arte y la naturaleza. Los que no conocen la lujosa y espléndida vegetación de aquel feracísimo suelo, ni el carácter peculiar de la flora americana tan rica en contrastes de forma y de color, no pueden figurarse el mágico efecto de aquellos jardines en donde la sociedad más escogida de la Habana, viene al caer el sol á respirar la deliciosa brisa de la tarde que después de mojar sus alas en el mar, viene á refrigerar la abrasadora población con un soplo perfumado. La fuen-

ayuntamiento de Madrid



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II, 3.

de mi empresa, pero recordé que *alguien* necesitaba imperiosamente mis buenos oficios para sus fines particulares.

—Está bien, murmuré involuntariamente, á cambio del ajeno egoismo no busco más que la ruda franqueza en la narración de una vida; es precio exiguo, dada la manera de vivir de la actual sociedad, al favor que de mí se solicita.

III.

Y con mayor fortuna que el sábio del tonel, encontré á mi hombre.

Ambos á dos hicimos las mayores protestas de una amistad imperecedera; la corriente del respectivo egoismo se estableció desde el primer momento de nuestra familiar conversacion.

Pero acariciando mi idea, fué inflexible, me aproveché tiranamente de una casual superioridad, y quedaron satisfechas mis intencionadas aspiraciones.—¿Haría yo entonces lo que es ley implícita entre personas que blasonan de nobles y generosas?

Lo ignoro; aunque me sirve de consuelo que la realización de mis propósitos no envolvía la ruina de una familia, ni el asesinato de algún ser querido, ni siquiera un conato de esas estafas en grande escala, las cuales suelen trocar en magníficos palacios los merecidos hierros del óbrega prision.

Cuando crucé las primeras palabras con mi protegido, se creía él mismo — ¡tal poder tienen las aberraciones humanas! — un ángel, un hombre acosado por la desgracia, un santo varón con sombrero de copa y levita de entretiem po en el rigor del invierno; cuando aquel desdichado terminó su verídica biografía, yo no pude contener la risa... habia conseguido que la víctima, de una manera inconsciente, se convirtiese en el más implacable verdugo de una conciencia muy parecida á la de los que se precian de tenerla limpia en demasía.

¡Ni aun sospeché aquel infeliz que acababa de poner de relieve sus grandes defectos!

¿Estará cortada casi toda la humanidad por un patron tan estrecho?

¿Será la verdad desnuda la antorcha fatal que alumbr a el repugnante espectáculo de un mundo completamente dominado por pasiones tan bastardas como naturales?

Quédese el análisis de tales cuestiones para los que tienen la dicha de poseer un envidiable optimismo; yo vivo bajo la desgraciada presión de un fatalismo terrible: *el fatalismo práctico*.

IV.

Los hombres adolecemos de extravagantes manías. Tal vez se disculpen de este modo ciertos actos de la vida.

No hay que extrañar, por lo tanto, que mi humilde personalidad, buscando unas horas de descanso despues de meditaciones *especiales* acerca de ciertas debi dades, pusiera todos los medios para no hallar ese mismo descanso; es mi manía.

Y generalmente, cuando creo haber satisfecho una

parte de esa curiosidad, por decirlo así moral, que embar ga mi ánimo de continuo, exclamo con lágrimas en los ojos y con intencion muy distinta á la del cándido Doctor Pandolfo:

¡Lo que somos!

ARTURO COTARELO.

VIAJES.

MR. CHARLES FREDERIC HARTT, EL RECIENTE EXPLORADOR DEL VALLE DEL AMAZONAS.

El servicio que el profesor Hartt acaba de prestar al Brasil y á la ciencia en general, publicando el resultado de sus dos primeras expediciones al imperio de Santa Cruz, ha sido objeto de los plácemes de la prensa de aquel vasto país y de la de los Estados-Unidos. Mr. Hartt

solvió formar el personal de su expedicion al Brasil, Mr. Hartt fué convidado para desempeñar su seccion geológica, y esta fué la primera vez que visitó aquel imperio. De vuelta de un segundo viaje, que allí hiciera, la universidad de Cornell, en el Estado de Nueva-York, que se acababa de fundar y que ganó desde luego tanto renombre por las especiales ventajas de su plan de estudios y por el personal distinguido de que provisto, para ejecutar este plan, invitó á Mr. Hartt, para que ocupase una cátedra de geografía, física y geología, cuyo cargo aun desempeña. Fué de su clase, en la universidad, que escogió seis estudiantes para acompañarlo en su última expedicion, hecha á sus propias expensas; pero los gastos de ella fueron pagados por amigos de la ciencia y han sido en parte subsanados, por las facilidades que les prestaron en el Brasil las autoridades imperiales, cuya esplendidez han elogiado todos los periódicos de los Estados-Unidos.

El profesor Hartt, dirigió sus exploraciones al valle del Amazonas, extendiéndose por todo el curso del rio y hácia dentro de sus márgenes, en el país, por muchas leguas.

Halló el viajero, que la floresta viste tan solo una orilla del rio; siendo principalmente en los brezos y aguazales, que se forman por su extension. La misma particularidad notó en los afluentes del Amazonas. La region que aquellos entrecortan con su franja de selvas y de campos extensos y rasos, tiene en varios puntos grupos magníficos de palmeras.

El mayor resultado científico de la expedicion de Hartt, fué el descubrimiento de grandes rocas carboníferas, en el Tapajoz, á sesenta leguas del Amazonas, y de dos fósiles marinos, de esta formacion, que se suponía no existían allí.

El valle del Ereré, principalmente, fué sujeto á la más circunstanciada exploracion del profesor y de sus ayudantes, donde encontraron, en la raíz del cerro, *strata*, horizontes conteniendo fósiles paleozóicos del orden inferior, tricóbitas y otros, y el cuerpo de la sierra compuesto de unas rocas antiguas, muy desarregladas é inclinadas hácia delante; demostrándose así, que la teoría del profesor Agassix sobre la formacion del valle amazónico, no es absolutamente verdadera.

En estas mismas rocas del Ereré, el profesor Hartt halló innumerables inscripciones y pinturas de los indios, de que sacó diseños y fotografías. Estando bastante familiarizado con el idioma general de los indios del Brasil, el profesor halló algunos puntos de identidad entre esas inscripciones y otras que sus compañeros hallaran en la isla de Marajó.

La expedicion del profesor Hartt, ha regresado á los Estados-Unidos, con una preciosa coleccion de fósiles, etcétera. Solo en Itaitiba, abajo de las primeras caldas del Tapajoz, los fósiles que se hallaron, exceden, en su orden, á todos los que son conocidos en el Brasil, todos reunidos.

A estas noticias, que nos suministran los periódicos norteamericanos, especialmente *O Novo Mundo*, de Nueva York, se agrega la de que la compañía del Amazonas, que ahora hace la navegacion en sus vapores, hasta *Tabatin-*



TIPOS MURCIANOS.

es hijo del director de una Academia de ciencias, en las provincias inglesas de la América del Norte.

Nació, digámoslo así, en medio de los libros, de los aparatos y las colecciones de ciencias naturales. De estas colecciones, las piedras llamaron especialmente su atencion; y antes de entrar en la *Acadia*, una pequeña facultad científica, en Wolfville, en la proximidad del *Granol Pré*, donde vivia la *Evangelina* del poeta *Longfellow*, ya el estudiante habia hecho, él mismo, gran coleccion de minerales y fósiles, de la *Nueva Escocia*. Durante su curso, prosiguió con ardor en sus investigaciones y descubrió nuevas especies de fósiles, en los alrededores de la facultad. Ese mismo ardor lo alentó, despues de graduado, cuando fué á residir y á enseñar, en St. John. Descubrió entonces rocas del período Devoniano, muchas especies nuevas de plantas fósiles, que se suponían raras, en esa formacion; y además de eso, descubrió los insectos fósiles más antiguos, de que hay noticia, siendo luego descritos unas y otros, por los afamados naturalistas Dawson y Scuder.

De 1862 á 1865, Mr. Hartt fué discípulo de Agassix, en su museo, en Cambridge, Mars; y en el verano emprendió por sí y ayudó á varias exploraciones, en las provincias inglesas, cuyos resultados fueron publicados en las principales revistas científicas de los Estados-Unidos y de aquellas provincias. Cuando el profesor Agassix re-

ga, está casi dando cima á su empresa, hasta *Pebas*, cuarenta leguas más arriba de *Tabatinga*.

De las descripciones que Mr. Hartt hace del Amazonas, extractamos los párrafos siguientes:

"*Yacares*.—De regreso al campo, tomamos un baño en el río, á pesar de haber visto durante el día muchos yacares (cocodrilos) nadando hacia arriba y hacia abajo. Pero, ¿quién es el que se cuida de los yacares? Son unos brutos miserables y cobardes, que nadie teme, aunque á veces tienen la respetable magnitud de tres varas y media.

Canciones populares.—El piloto de la expedición y los compañeros del profesor, plantaron sus reales en lo alto de los árboles; pero él mismo prefirió dormir en la arena, á despecho de los tigres, cuyas pisadas se veían allí impresas. Cuando anocheció, los hombres comenzaban á entonar una especie de oración. Sus voces no eran muy buenas; pero la armonía era perfecta. Realmente, de aquellas notas ricas y tan bien sostenidas, de los canoeros de los Tocatis, nuestros compañeros han de conservar por siempre la más viva memoria, pues ellas formaban una de las armonías más impresionables que jamás habíamos oído.

Todas las noches, durante la expedición, habíamos de sentarnos en derredor del fuego, en nuestro campamento, y oír este cántico solemne. La música brasileña es tan original, tan *única*, que es imposible describirla; y para aprender una de las canciones más sencillas del pueblo, es preciso oír la muy frecuentemente.

Aun ahora, á pesar de lo que tengo oído esos mismos cánticos, en el *Doce*, en el *Atacury* y en el *Yequitinhonha* no puedo acordarme, ni de uno de ellos siquiera. En las *Barracas de Nazareth*, los soldados entonan todas las noches un cántico tan dulce, que nuestros jóvenes se trasportaban oyéndolos. No se crea por eso que la gente es aquí muy religiosa y devota. Al contrario, nuestros canoeros son algo desvergonzados. Su música no versaba precisamente sobre asuntos creyentes; y muchas veces improvisaban cánticos reaciosos, dirigidos á algunas personas."

El profesor Hartt quedó admirado de ver pianos en lo interior del *Pará* y de asistir á una excelente ejecución en este instrumento, por un jovencito, discípulo en un Liceo, dirigido por el Dr. Enéas Araujo Torreal. Cree él que la música que en general aprenden en el Brasil, debe contribuir en gran parte á aquella suavidad de maneras y al fino trato de los caballeros de aquel país, lastimándose de que en los Estados-Unidos no se cultive este arte en las instituciones de la enseñanza pública.

Castañeiras.—La *Bertholletia excelsa* de los naturalistas, que los brasileños llaman *Castanheiras*, se parecen más al género roble (*Quercus robur*), que en cualquiera otra parte del Norte, conque está familiarizado. La diferencia consiste en que son más gruesos y los árboles más altos que tengo visto. De su tronco, á veces de más de una braza de diámetro, se elevan á una altura magnificente, donde se adornan con una vasta cúpula de verde-oscuro, que eclipsa todos los demás árboles de la floresta, en su derredor. Su fruto—la muy conocida castaña de tres quinas,—está envuelto en una cáscara leñosa y redonda, de tres á cuatro pulgadas de diámetro y que se parece á una pequeña bala de artillería.

Cuando está sazonado cae al suelo, y entonces es que la gente del lugar lo recoge, y otras vienen á propósito para esto, cuando llega el tiempo de sazon. Una inmensa cantidad de estas castañas van del Tocatis; y gran parte de las que consumen en los Estados-Unidos son llevadas de los mismos castañales que describí. La *Bertholletia*, no solo da castaña llamada del Brasil, sino que parte de dentro de su cáscara se utiliza con gran ventaja.

Cipós.—Subiendo algunas cuevas, estudié con mucha atención unas uinas parasíticas, ó *cipós* que trepaban ó pendían de los árboles. Estaba yo todo absorto en examinar una linda muestra que se deslizaba desde la cima de un gigante *Tanari*, y nuestro guía cortó de repente de uno de estos *cipós* un pedazo que tenía lo menos vara y media de extensión. La aseguró perpendicularmente, y en seguida se oyó en él un timbre especial, corriendo de su punta inferior un agua cristalina, que era bastante para satisfacer la sed de cualquiera persona. De este modo, el viajante con sed, halla siempre á mano en la floresta, una fuente de un agua pura, fresca y excelente. En un minuto he llenado yo mi vaso de goma elástica, del tamaño de seis pulgadas, cortado de un *cipó*.

La Goma elástica.—En los *Arroyos* visitamos una floresta de los árboles que producen la goma elástica (*Syphonia elástica*); y yo examiné minuciosamente el método que allí se emplea para extraer la leche y como se prepara la goma. Todo es muy sencillo.

De una incisión que hacen en el tronco, corre una savia gruesa y láctea, que, expuesta al aire, por un momento, se coagula con facilidad, formando la goma elástica.

Por la mañana dan una porción de golpes alrededor del árbol con una pequeña hacha; y por la parte baja de las incisiones, hacen adherir en el tronco, por medio de barro, unas vasijas donde la leche va cayendo suavemente. Cerca del mediodía, esta leche es recogida en una vasija mayor. Después la derraman sobre un envase de barro ó de madera ordinariamente de la forma de una gran damajuana achatada, ó de una batea cuadrada, con un cabo ó mango. Cada camada de leche se expone entonces al humo de unos frutos de palmeras, después que adquieren consistencia, elasticidad y un color oscuro. Sobre la primera camada, se derraman otras sucesivamente, hasta que el producto adquiere el grosor deseado: cuando quiebran la forma y la limpian de los fragmentos de barro, sale la goma elástica.

La preparación de la goma, como se desprende de lo que llevo referido, está muy lejos de la perfección. La goma que va al mercado, varía mucho en calidad. Se halla ahora en el *Pará* un há il americano, de Pensilvania, que inventó una especie de vasija para recoger la leche de goma elástica, y una máquina para depurarla. Examiné este aparato y lo hallé muy sencillo y aceptable; produciendo una calidad muy buena de goma, con gran economía de tiempo y trabajo.

Este sugeto se propone obtener protección del Gobierno. Él la merece, por más que los inventores obtengan pocas veces merecida protección.

El profesor Hartt, de vuelta de sus expediciones, sigue regentando su cátedra, con creciente y merecida fama, en el *Cornell University*.

DR. L. DE LA VEGA.



HISTORIA DE UN PERRO.

Mañana, ¿qué es mañana, Julia? Un poco de humo que se disipa en el aire, una de esas mentidas estrellas que venos cruzar los espacios en las serenas noches del estío. Mañana es sinónimo de nada; es una falsa moneda con que solemos pagar las exigencias del mundo y de nuestra propia conciencia; es el arma conque se escudan los perezosos, los avaros, los egoístas, los hombres sin corazón.

Desconfiemos de los que dicen mañana: si se trata de un placer son unos insensatos, si de calmar un sufrimiento es que no tienen alma.

Cuentan que el gran rey Federico de Prusia tenía en sus jardines un manzano tan hermoso, que formaba su embeleso. El buen rey soñaba con el momento en que viese asomar entre el follaje los sonrosados frutos. Por desgracia, graves negocios de Estado le impidieron bajar al jardín en muchos días: cuando pudo robarles algunos instantes, dirigió su paseo al árbol favorito, y vió lleno de júbilo que estaba cubierto de magníficas manzanas. El rey filósofo pensó que dilatar el placer sería duplicarlo.

—¡Mañana, dijo entre sí, mañana!

Aquella noche se levantó un furioso viento de tempestad, y al día siguiente las manzanas marchitas alfombraban el suelo.

El rey tomó el consejo de este pequeño incidente, porque es de sabios no despreciarlos, y reformó su conducta, porque es de sabios también mudar de ideas cuando la experiencia nos lo manda. Desde aquel instante, jamás volvió á decir mañana.

Lo que se debe hacer se hace: retardar el cumplimiento de un deber es ya infringirlo; dilatar el cumplimiento de una promesa, es demostrar tácitamente que estamos dispuestos á eludirla.

Hay defectos, Julia, que el mundo no juzga ni condena, porque el mundo es como esos curiosos, ajenos al arte, que al detenerse delante de un cuadro, solo admiran las grandes pinceladas y los toques de brocha gorda; pero el que aspira á la perfección moral, debe analizarlos escrupulosamente y estirarlos de raíz, porque engañamos á nuestra propia conciencia, y engañados corremos al abismo.

Solo para el mal tiene un sentido verdadero el mañana: porque si él existe y el mañana llega, el alma está perdida.

Y ahora, sentado este precedente, daré principio á mi historia.

Vildorf tenía un perro: Vildorf era cazador y habitaba en aquellas sombrías é interminables selvas de pinos, alisos y abedules, conque la Providencia ha vestido las altas lomas que separan la Tartaria de la Siberia.

Esta última, desde el N. al E., está completamente deshabitada, y no es porque la falten, á pesar del rigor de su clima, campos de trigo, animales útiles y minas de una riqueza fabulosa.

Lo que falta tal vez es un intrépido aventurero, como el cosaco Yermak, que sepa levantar ciudades y cultivar la agreste tierra.

Sea como quiera, esa región en el día está tan solo poblada por algunas hordas tártaras, entre las cuales la más ilustrada es la de los vodyakos. Sus costumbres son puras como las de nuestros primeros padres, y la inocencia y la buena fe presiden á todos sus actos. Rodeados de los rusos y los tártaros, guardan, sin embargo, una absoluta independencia de ideas. Son hospitalarios, dulces y afales, cándidos como niños; pero enérgicos y llenos de viril dignidad cuando se trata de ofenderlos. Jamás atacan á las otras tribus; pero si son atacados, saben llevar su resistencia hasta el heroísmo.

Los viajeros que los han visitado ignoran si deben colocarlos en el último ó en el primer peldaño de la escala social. Como todos los extremos se tocan, tal vez su estado, tan cercano al de la naturaleza primitiva, sea el último período de la civilización, el bello ideal de nuestros sueños de perfección y de progreso.

Los vodyakos reconocen á un Sér Supremo, al cual rinden un entusiasmo al par que sencillo culto. Viven en comunidad, y es el jefe de cada familia el que ofrece á Dios sus votos y sus presentes cuando después de las cosechas hacen las ofrendas de los primeros frutos.

Viven entre sí en una perfecta igualdad, no concediendo ninguna distinción más que á los ancianos y á los jefes de familia, á quienes llaman padres. Los demás responden entre sí al dulce nombre de hermanos. Puede ser que no haya ninguna nación, dice un ilustrado viajero, ni más sabia, ni más dichosa que esta; parece que allí las pasiones no existen, ó se hallan tan sometidas al yugo de la razón, que se convierten en virtudes. Allí solo imperan los nobles y delicados sentimientos: allí han buscado un refugio, desterrados del resto de la tierra, la concordia, el amor y la justicia, y un siglo lega escrupulosamente á otro siglo la pureza y la santidad de sus costumbres.

Ahora bien, Vildorf pertenecía á esta tribu, y como sus compañeros, tenía el alma abierta á todas las suaves y dulces impresiones.

Cazaba y vivía del producto de su caza, la cual compartía con su fiel perro. Hacía ya muchos años que había ofrecido su última comida á los autores de sus días, porque allí las ceremonias fúnebres consisten en presentar el cadáver á los parientes reunidos, y convidar al difunto á tomar parte en el frugal refrigerio preparado al efecto.

Después de esperar en vano, como es natural, su respuesta, le dirigen estas elocuentes palabras, que encierran todo el dogma de su fe: "Supuesto que no quieres comer ni beber, es señal que has terminado el tiempo de tu destierro. Vuelve, pues, al lugar de donde has venido, y deja tus virtudes á tu familia."

Después de hablar así entierran el cadáver y dan principio á la comida con tanta sobriedad como recogimiento.

Vildorf había cumplido escrupulosamente estos deberes; pero aunque huérfano, no estaba solo, le rodeaba el cariño de todos sus hermanos.

Un día empeñado en perseguir un armiño, tan blanco como la nieve, descendió á las llanuras donde solo se ven inmensas estepas, dilatadas lagunas y sábanas de resplandeciente hielo, limitadas aquí y allá por algún vallecito agradable ó un espeso bosque de álamos y cedros.

Vildorf andó mucho, y le sorprendió la noche lejos de sus chozas.

Llegó á un pequeño lago, rodeado de árboles desquebrajados y amarillentos, y abrumado de fatiga se sentó en su borde.

Pero el perro empezó á ladrar con desesperada insistencia. Vildorf tendió sus miradas por la llanura; y á pesar de la oscuridad, distinguió cerca de sí una forma blanca é indefinible. Acercóse á ella. Era una pobre mujer desmayada y cubierta por la nieve. A su lado, plantada sobre la tierra aun removida, se veía una cruz, formada con dos ramas secas.

Vildorf cogió á la mujer entre sus brazos, y la llevó á una cercana eminencia, colocóla sobre su capa de pieles, y á costa de muchos esfuerzos, logró encender una hoguera, que tenía el doble objeto de reavivar los miembros de la infeliz, y ahuyentar las fieras que ya empezaban á acercarse á ellos rugiendo. ¡Oh! cuán espantosa fué para Vildorf aquella interminable noche, temiendo

á cada instante ser víctima de las manadas de osos blancos que hacían círculo alrededor de la hoguera. De vez en cuando les disparaba alguna flecha que se perdía en la oscuridad de la noche; pero ¡ay! que aunque se alejaban por algunos instantes, era para volver luego con más furia.

El perro velaba al lado de su amo, dispuesto como él á morir para salvar á su protegida.

Por fin rayó el alba, brilló el sol. Los osos se dispersaron...

La joven abrió los ojos, y fijó en el cazador una mirada llena de gratitud y de ternura.

La infeliz era hija de un magnate ruso, fugado del lugar de su destierro, quien perdido en el desierto, al buscar la libertad, había encontrado la muerte. Sus restos descansaban debajo de la cruz erigida por su misma hija...

Vildorf tomó á la joven en sus brazos, emprendió el camino de las chozas, y solo se detuvo delante del más anciano de su tribu.

—Padre, le dijo, he hallado á esta pobre mujer sola y abandonada, y quiero hacer de ella mi compañera. Bendícenos, para que podamos ser dichosos.

El anciano los bendijo, y durante un año fueron tan felices como se puede serlo cuando el amor nos ilumina.

Pero si Vildorf era tan completamente venturoso, su antiguo amigo, el compañero de sus anteriores fatigas, se volvía cada vez más flaco y más triste. El pobre perro sentía una mortal envidia hacia Lisíbea, la doncella rusa que le había robado todas las caricias de su amo.

Una tarde, Lisíbea estaba en cinta, ambos esposos se hallaban formando votos de felicidad por aquel futuro gaje de su amor, cuando llamaron á la puerta. Era un inglés que venía á beneficiar una mina de esmeraldas, descubierta no lejos de aquel sitio. Sabíase en el país su próxima llegada, por cuanto sus operarios se le habían adelantado, y habían construido ya su vivienda cerca de la mina. Pero llovía á torrentes, y se veía obligado á detenerse.

—Entrad, le dijo Vildorf; aunque soy pobre no os faltará una buena hoguera.

El viajero dirigió sus miradas al interior de la choza, y su examen no debió satisfacerle. Permaneció obstinadamente en su dintel.

Por fortuna la lluvia cesó, las nubes se disiparon, y la noche apareció serena. El inglés quiso continuar su viaje.

—¡Oh, no, exclamó Vildorf, permaneced aquí hasta mañana!

Y á las objeciones que le opuso su huésped, prosiguió encogiéndose de hombros.

—Siempre llegareis á tiempo: ¿qué más da hoy que mañana?

El inglés fué á sentarse sobre un montón de pieles al lado de Lisíbea. Vildorf se sentó en el ángulo opuesto, y entonó en voz baja el canto de su tribu, y mientras él cantaba, los ojos de Lisíbea y del viajero se encontraron, y de los de ambos se desprendieron chispas de ardiente fuego.

Al día siguiente, mister John, que así se llamaba el inglés, no partió, ni al otro día tampoco. Dejó pasar días y más días, hasta que se instaló definitivamente en la choza hospitalaria.

Entre tanto, sea que la vecindad de los europeos incomodase á los vodyakos, sea que se acercase la época en que el sol abandona casi aquella latitud, y en que las noches se prolongan durante semanas y aun meses, lo cierto es que la tribu se dispuso á efectuar su anual emigración, en busca de otro clima más templado.

Vildorf hizo sus preparativos como los otros. Cada uno llevaba consigo el trigo que había recolectado durante el verano, las pieles de los animales muertos en la caza, el té y el ruibarbo, principales objetos de su pequeño comercio.

Pero cuando llegó la hora de la marcha, Lisíbea echó los brazos al cuello de su marido é imprimió un beso en sus labios.

—¡Mira, le dijo, mira mi estado! ¿qué importa que partamos hoy ó mañana? ¡Unos días más ó menos nada significan!

Vildorf bajó la cabeza y no contestó.

Al anoecer de aquel día, sentado en una elevada peña, vió desfilar á lo lejos todos los individuos de la querida tribu, seguidos de sus reñíferos, sus caballos y sus corderos de cola larga y carnosa.

Vildorf se cubrió el rostro con las manos, y amargas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Qué importa hoy ó mañana? repetía en voz baja, como para consolarse de aquel dolor que le despedazaba el alma.

Pero ¡ay! á pesar de la esperanza que envolvían estas palabras, sentía que entre hoy y mañana, media un insondable abismo.

El perro gemía á sus piés, mirando tan pronto á su amo como á la tribu que se alejaba. Cuando el fiel mastín hubo perdido de vista al último de sus individuos, agarró con desesperación los vestidos de Vildorf, procurando arrastrarle en pos de sí, y prorumpió en tan fuertes ladridos, que este tuvo que pegarle con su bastón por la primera vez de su vida.

Cuando se levantó para dirigirse á su cabaña, el perro le siguió cabizbajo y silencioso, pero al llegar junto á Lisíbea, que estaba sentada al lado de mister John, dejó escapar un sordo y prolongado gruñido, como si adivinase que eran ellos la causa de su desdicha.

Pasáronse muchos días, muchas semanas, muchos meses. Lisíbea había dado á luz un hermoso niño, y sin embargo, hallaba cada día un nuevo pretexto para dilatar su partida. Como si la maternidad hubiese apagado, en vez de avivarlo, el fuego de su amor, huía de Vildorf, y desechaba sus caricias. Hasta llegó á mirar con desvío á su hijo.

Pasaba todo el día en la mina, admirando las piedras preciosas, mientras el pobre niño permanecía solo y abandonado en su cestita de mimbres, cubierta de piel de marta.

Por fortuna, cuando Vildorf estaba ausente, velaba á su lado el perro.

Blanqueaban ya algunas nubes en el cielo, constantemente sereno que se observa en Siberia durante todos los meses del invierno, y algunas lluvias, precursoras de la primavera, empezaban á reblandecer la tierra.

El corazón de Vildorf palpitaba de alegría, porque en aquellas nubes veía la señal del pronto regreso de su tribu. Otro motivo tenía de regocijo.

Mister John había recogido una gran cantidad de piedras preciosas, y se disponía á volver á su país. Vildorf, aunque ajeno á toda sospecha, presentía vagamente que con su marcha, la tranquilidad y la alegría volverían á habitar su pobre choza. El tiempo, que todo nos lo trae, trajo por fin al cazador ese feliz instante.

Era la víspera de la partida de mister John. Vildorf estaba sentado en la puerta de su cabaña, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y los ojos fijos en las nubecillas del cielo, cuando Lisíbea, pálida y en el más completo desorden, vino á postrarse de rodillas á sus piés.

—¡Partamos! dijo con voz entrecortada, ¡partamos ahora mismo! ¡Vamos en busca de nuestros hermanos, te lo ruego en mi nombre, en nombre de mi hijo!

Vildorf la miró sorprendido.

—¿Por qué balbuceas con extrañeza?

—¡Partamos! dijo la esposa eludiendo la pregunta.

—Pues bien, mañana...

—No: ¡ahora mismo, en este mismo instante!

—Es imposible, hay mil cosas que preparar...

—¿No me amas más á mí y á tu hijo, que á cuanto puedas llevar contigo?

—No se trata de eso; pero es tarde, va á llover, mañana...

Lisíbea fijó en él una mirada de enojo, casi de amenaza. Aquella noche, Vildorf despertó bañado en su propia sangre.

Aun tenía la daga clavada en su costado; pero la mano que blandió el arma homicida debió temblar, porque la herida era muy leve. Llamó á Lisíbea y á mister John; pero fué en vano; solo le respondieron los aullidos del perro, que pugnaba por entrar y amenazaba derribar la puerta.

Vildorf fué á abrir, miró en derredor de sí... La choza estaba desierta, y hasta había desaparecido la cestita de mimbres que encerraba su tesoro.

El infeliz cayó de rodillas, anonadado bajo el peso de su horrible desventura.

El perro le sacó de su estupor.

El perro que aullaba con desesperación, é iba y venía como si hubiese querido indicarle las huellas de los fugitivos.

Vildorf se levantó fuera de sí, y se decidió á seguirle.

Anduvieron mucho tiempo; á veces sobre el hielo, á veces atravesando fétidas lagunas ó enmarañados bosques. La noche no terminaba, los fugitivos no parecían.

Aunque la herida de Vildorf era leve, la sangre brotaba de ella, y el frío empezaba á entorpecer sus miembros. Sin embargo, anduvo aun mucho tiempo.

Pero al llegar á una altura, se dejó caer al pié de un árbol.

—¡Hágase tu voluntad, Dios mío, exclamó sollozando, yo no puedo más!

El perro le contempló un breve instante en silencio, luego se alejó á carrera tendida.

—¡Hasta mi antiguo amigo me abandona! murmuró Vildorf con profunda amargura: ¡todos, todos! ¡Ay de mí, quisiera morir en este instante!

Pasó muchas horas en aquel estado, batallando entre la muerte y la vida.

No obstante, el primer rayo de sol pareció reanimarle: abrió los ojos. Los reflejos del astro rey rielaban en la nieve; la naturaleza parecía vestida de fiestas; pero ¡ay! que para su corazón había terminado el regocijo. Vildorf, lloró amargamente.

—¡Yo soy el culpable, yo! decía con horrible desconsuelo; ella luchaba, ¿por qué la rehusé mi apoyo? ¿por qué dije mañana?

Y oprimido bajo el peso de su dolor, prorumpió en tristes lamentos.

Pero de repente oye á lo lejos el canto de su tribu. Se levanta fuera de sí, y ve bajar por la vertiente opuesta á todos sus padres, todas sus madres, todos sus hermanos, todos sus compañeros de infancia, y delante de todos, agitando la cola con aire triunfante, su perro, su fiel perro.

Venia herido, ensangrentado, lleno de lodo; pero llevaba en la boca una cestita de mimbres, y en la cestita, cual otro Moisés, lloraba un tierno niño. Era el hijo de Vildorf, que había robado á la culpable esposa.

Depuso la cesta á los piés de su amo, fijó en él los ojos resplandecientes de alegría, y se recostó en el hielo... Había concluido su tarea, había devuelto á Vildorf su tesoro, había guiado hasta allí á la tribu salvadora, ya nada más tenía que hacer...

¡El noble animal había muerto!

Vildorf contempló con desesperación á su amigo exánime, y á su niño, huérfano de madre!

¡Veinte madres se ofrecieron á prohibarle!

Todos rodearon al cazador, todos le estrecharon en sus brazos, todos procuraron devolverle la paz y la esperanza.

Luego hicieron un hoyo, y enterraron al pobre perro. Aquel montecillo se llama todavía en idioma tártaro, el monte de la Lealtad.

Vildorf jamás dejó ni un solo día de dirigirse á aquel sitio, antes de ir á la caza.

Y cuando su hijo pudo seguirle, también le llevaba allí, diciéndole con tono melancólico:

—¡Aquí yace mi mejor amigo!

Nada se volvió á saber de Lisíbea.

Su historia sería probablemente la de todas las mujeres, que huellan sus más santos compromisos.

En cuanto á Vildorf, vivió dichoso y tranquilo, pero como el gran Federico, de allí en adelante jamás volvió á decir *mañana*.

ANGELA GRASSI.

Explicación del Figurin 1032.

FIG. 1.ª—*Traje de paseo para niña de 4 á 6 años*.—La falda de mohair, paja, está guarnecida con dos bieses de tafetan marrón. La túnica se cruza en forma de corazón y abre sobre un delantal de tafetan, ondeado de abajo, levantado en pouf, bajo un abultado lazo, y guarnecido de bieses, lo mismo que las mangas. Sombrero de paja, adornado de cintas color marrón, flores encarnadas con follaje.

FIG. 2.ª—*Traje de verano*.—Falda redonda de poul, de soie verde, adornada de un ancho volante fruncido y encima una ruche. La túnica, en forma de delantal liso y corto, es muy larga por atrás aunque levantada en pouf. El cuerpo de aldetas cortadas, está guarnecido, así como la túnica, de cinco bieses. Sombrero de paja adornado con cintas negras.

FIG. 3.ª—*Traje de visitas*.—La falda, realizada con un volante algo fruncido, lleva encima dos órdenes de bieses compuesto cada uno de tres bieses y un rizado. La túnica abierta por delante, forma dos largas puntas á cada lado, y se levanta mucho por detrás. El cuerpo de larga aldetas, cruza por delante, abriéndose en corazón. Tres bieses forman su guarnecido, lo mismo que el de la túnica. Las mangas son de codo, con solapas y rizados, que terminan con un lazo. Sombrero de crespon malva adornado de flores blancas.

VARIEDADES.

El inteligente joven D. Emilio Gonzalez del Valle, acaba de publicar un precioso tomo de poesías, que le auguran un honroso puesto en la república de las letras. Hay en él composiciones de verdadero mérito, y por nuestra parte nos apresuramos á tributarle los más lisonjeros plácemes, seguros que con nosotros lo harán cuantos tengan la fortuna de saborear sus bellezas.

El ilustrado compositor D. Fermin María Alvarez, ha puesto á la venta una de sus bellísimas inspiraciones, lo cual es una verdadera fortuna para los amantes del divino arte. Titúlase *La Berceuse*, canción para dormir á los niños, y si su solo objeto no debiese ser ya tan simpático á las madres, bastaría á que lo fuese la idea de que su autor destina los productos de la venta á favor del establecimiento benéfico denominado *Casa del Príncipe*. La letra es muy linda, original de la bella é inteligente señora D.^a Carmen G. de Neda, que á sus demás laureles ha querido añadir los del poeta.

Nuestras suscriptoras podrán adquirir *La Berceuse*, en el Almacén de música de D. Antonio Romero, Preciados, 1, en donde se vende al precio de 12 rs.

CORRESPONDENCIA.

La pregunta que V. me hace, amiga Anita, está muy puesta en razón; lo principal para que un vestido siente bien, es que el cuerpo sea torneado, y esto se consigue tomando un corsé en casa de Mda. Grandir, Plaza de Celenque, número 1. Esta señora ha llegado á la perfección en el modo de confeccionar los corsés, y tanto por esto como por lo módico de sus precios, tiene hoy la clientela más elegante de la Corte. Por lo mismo debo advertir á V. que es preciso que la haga el pedido con alguna anticipación, pues los muchos encargos que recibe la impiden el cumplir tan pronto como desearía.

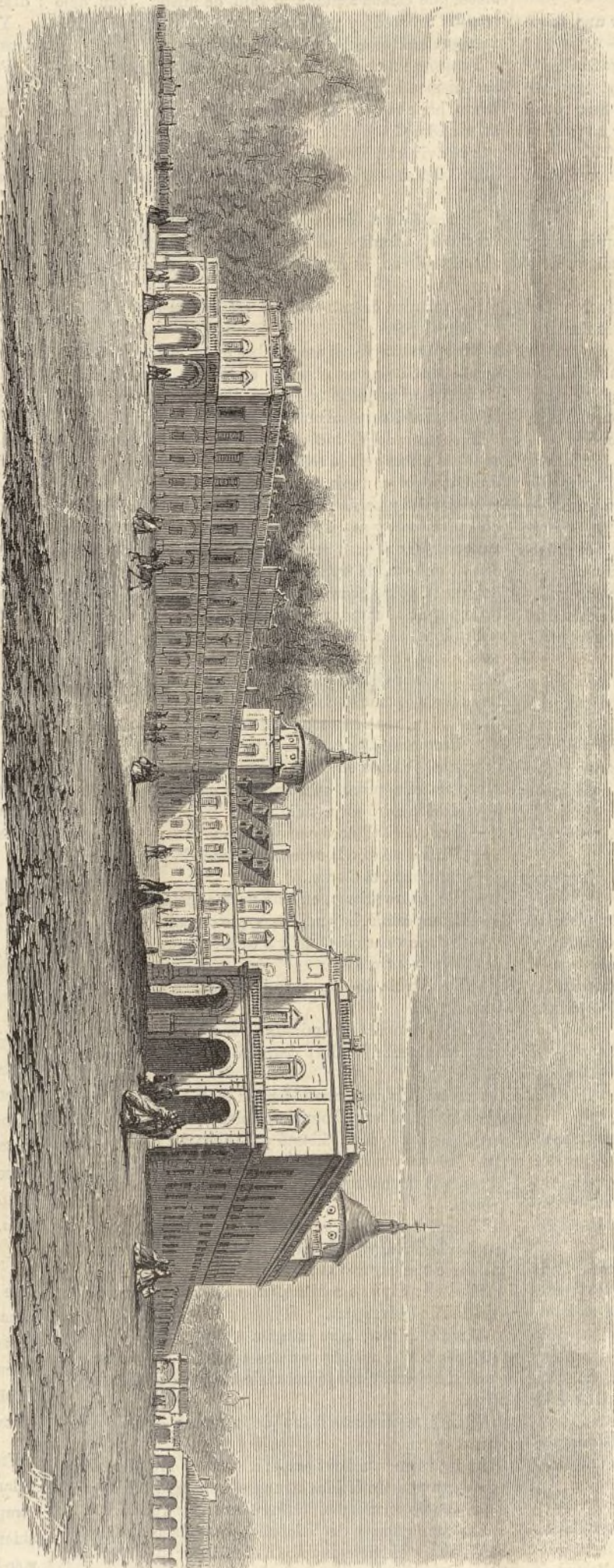
Entre la tierra y el cielo.—Una vez que tiene V. la bondad de consultarme sobre tan árduo asunto, debo decirle á V. que á su señora madre política está reservada la autoridad ostensible en la familia. Cuando los criados la hagan á V. una pregunta, debe V. contestar invariablemente, diríjase Vds. á la señora; cuando hable V. con sus amigos, debe V. decir: mamá y yo hemos creído que esto era lo mejor, etc. Que ella ocupe siempre el primer término, quedando V. en el segundo. No tema V. que esto la oscurezca ni disminuya su prestigio. Léjos de eso, obrando así, pondrá V. de relieve su buena educación, la amabilidad de su carácter, y la elevación de su alma. Además, su esposo se lo agradecerá, y se lo agradecerá esa noble anciana, próxima ya á descender á la tumba, y que llevará consigo el inefable consuelo de dejar á su hijo al lado de tan digna compañera.

D. M.—*Sevilla.*—Los vestidos floreados, estilo Pompadour, se guarnecen generalmente con terciopelos negros. También se usa bastante este verano una falda de terciopelo inglés, color oscuro, acompañando una túnica de cretona Pompadour; el cuerpo de forma Luis XV es indispensable.

Honorina.—Hace mucho tiempo que las niñas no llevan el cabello peinado hacia atrás y sujeto con un peñicillo, porque esto fatigaba mucho la raíz del pelo. Ahora se les abre raya en un costado, y se hacen dos trenzas atrás. Algunas jovencitas llevan también la raya en un costado, y produce un agradable efecto.

En los baños.—Las túnicas de cretona y de percal no deben ir muy almidonadas, para que los recogidos estén bien. Los cuerpos tampoco deben almidonarse. Para traje de negligé lleve V. una túnica Pompadour, con falda blanca ó cruda, adornada con un volante plegado de 50 á 60 centímetros, orillado con una puntilla y sombrero pastora con flores.

S. O.—*Toledo.*—Es una insensatez buscarse motivos de



VISTA DEL REAL PALACIO DE ARANJUEZ.

tristeza en el porvenir: abismo profundo que ningún hombre, por sábio que sea, puede sondear con la vista. Gozar del bien presente es un secreto precioso que pocas personas poseen, y que sin embargo encierra la felicidad verdadera.

N. M.—*Santander.*—La urbanidad es un conjunto de discreción, de amabilidad, de complacencia y de circunspección, que hace sumamente agradable el trato,

Ayuntamiento de Madrid

consolida la paz y da sumo valor á la persona que logra poseerla y aplicarla hasta á los actos más leves é indiferentes de la vida.

Una Campesina.—Hé aquí la receta que V. desea para la conservación de los huevos.

Se toman huevos recién puestos ó que tengan pocos días: si no se tuviese completa seguridad sobre su frescura, se mirarán á través de una luz para examinar los que tienen la película de aire demasiado grande, pues mientras mayor es esta, más pasado está el huevo, y más difícilmente se conservará.

Córtanse unos pedacitos de papel engomado, de 15 á 16 centímetros en cuadro; se envuelven los huevos en estos papelitos, como suele hacerse con los limones y las naranjas, sobre todo con las mandarinas, y después se refuerzan los picos del papel en sentido inverso.

Por este medio la obstrucción de los poros de la cáscara del huevo es completa, hecho lo cual pueden guardarse estos huevos en una caja ó cajón de cualquier clase, sin volver á ocuparse de ellos, teniendo solamente la precaución de revolverlos una vez al mes, á fin de que la yema, por su peso, no se pegue á la cáscara y se mantenga próximamente en el centro del huevo.

Cuando á los seis, siete, ocho y hasta diez meses se rompen estos huevos para el uso de la cocina, se les encuentra siempre superiores á los conservados por otros medios.

Se dará además la preferencia á este medio, porque el gasto que ofrece es insignificante y porque no ensucia los huevos, como sucede con el carbon en polvo, la ceniza, etc., ó con las grasas ó manteca, que alteran la sustancia del huevo. No se altera tampoco la cáscara, como sucede con el agua de cal, sobre todo si la cáscara es fina y los poros muy abiertos.

Por último, el papel puede servir para otros huevos, teniendo la precaución de secarlo bien antes de envolver aquellos.

Soluciones á la charada inserta en el anterior número literario, por doña Martina Bermudez, doña Isidora Fuentes, doña Teresa Sanromá, doña Gertrudis Yoquirola, doña Concepción Olivares, doña Tadea Velarde, doña Juana Sico, doña Teodora Bernaldes, y los señores D. Francisco García Belmonte, D. Juan Santos Lima, D. Bernardo Fuenmayor, D. José Satorras, D. Gil Gonzalez y el amable Sócrates.

CHARADAS.

I.

DE 3 SÍLABAS.

Nota musical mi prima
Y la que sigue después,
Envolviendo mi tercera,
Negativa descortés.

Forman el todo que es juego
Lindo y fácil de aprender;
Más no de cartas, ni bolas,
Ni tampoco el ajedrez.

FRANCISCO GARCÍA BELMONTE.

II.

4 SÍLABAS.

La prima es una carta
De la baraja,
Y un perillan nos muestra
Segunda y cuarta.
Y en sólo tercia
En las costas de España
Varias se encuentran.
Uniendo prima y cuarta
Salta á los ojos
Un ser muy parecido
A muchos otros.

Siendo mi todo,

Un gallardo mancebo
De tomo y lomo.

GERÓNIMO COUDER.

(Las soluciones en el inmediato número literario.)

Las Sras. Suscriptoras á ambas Ediciones recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872. — Tipografía de G. Estrada, Hiedra 7.